

EN EL COLEGIO DEL SALVADOR

El 23 de noviembre celebró el Colegio del Salvador la distribución anual de premios, con la solemnidad característica de dicho acto.

En representación de la Sociedad de Ex-alumnos, el doctor Rafael Insausti pronunció el siguiente discurso:

Rdos. Padres:

Señoras y señores:

Señores estudiantes:

Ocupo esta tribuna para ofrecer a un grupo de jóvenes estudiantes del Colegio, los premios especiales instituidos por la Sociedad de Ex-alumnos.

El primero de esos premios, lo conocéis ya: es la recompensa que, desde hace varios años, entrega la Sociedad de Ex-alumnos al más brillante de los bachilleres del curso.

Los restantes acaban de ser instituidos; y están destinados a premiar a los campeones de Apologética, Instrucción Cívica, Historia y Geografía Argentina. Con ellos, un premio al primer tirador con arma del ejército nacional, completa el grupo de los que por su esfuerzo constituyen en esta distribución de lauros, los favoritos de nuestra sociedad de Ex-alumnos.

La institución de estas nuevas recompensas se ha efectuado con carácter de permanente. De tal modo, señores, que en esta hermosa revista con que termina la justa de cada año escolar, y en que sobre el propio campo de batalla se promueven los generales y se constelan los pechos triunfadores, la Sociedad de Ex-alumnos destacará en adelante en cada curso de nuestro Colegio, un grupo de muchachos envuelto en la luz del mérito y del éxito.

Y veremos cada año, capitaneando ese grupo, al primer bachiller: el que a puro esfuerzo de inteligencia y a puro latido de corazón, habrá arrebatado para su saber y para su bondad la mayoría de los laureles a través de los años de Colegio.

Estarán a su lado los adalides de la Apologética y de la Instrucción Cívica, en representación viviente de aquella augusta palabra,

legendaria en las viejas hidalguías: «por mi Dios y por mi patria»; estarán también los premiados de Historia y de Geografía Argentina aportando el tesoro de nuestras tradiciones o recordándonos las bellezas de nuestra tierra, demasiado dilatada y demasiado bella para que podamos recordarla sin un sabio cicerone a nuestro lado. Y ese grupo juvenil, sonriente y repleto de satisfacción y de fe en sí mismo, se completará con el campeón anual de tiro, apoyado bizarramente en el cariño de su mauser, con el que por igual sería centinela dispuesto al sacrificio en la pavorosa y remota contingencia de una lucha, como marchará entre canciones criollas a hacerse aclamar en las arenas olímpicas de todo el mundo.

Con esta institución de nuevos premios, algunos de los cuales se disciernen, no ya entre los estudiantes que cumplen su bachillerato, sino entre los que cursan el penúltimo año, la Sociedad de Ex-alumnos ha realizado un nuevo acercamiento con el alumno. El propósito es comprensible: que no llegue ese alumno a una sociedad de desconocidos con quienes no tenga nada o casi nada de común; que existan entre los jóvenes que ingresen a la Sociedad elementos de cohesión con quienes les precedimos. Y para ello, ¿qué mejor que mezclarnos un poco a su vida escolar, ofreciéndoles el estímulo de estos premios, concurrendo a los certámenes en que los disputen, animándolos y galvanizándolos en la lucha y premiándolos después?

Esta intromisión nuestra en la vida de los colegiales, puede compararse al gesto con que un señor afable sale de su casa al encuentro de quien viene a verlo y lo abraza y lo obsequia y traba con él tan buena amistad, que al trasponer después las puertas de la casa, el visitante se siente ya viejo amigo del visitado y la visita cobra un encanto amable lleno de cordialidad.

Así nosotros hemos salido al encuentro del alumno; nos hemos adelantado hasta el cuarto año, para volver desde allí, en buena camaradería con él; de tal modo que cuando ingrese a la Sociedad, podremos creer, él y nosotros, que volvemos todos juntos tras un paseo de buenos amigos.

Esta compenetración del alumnado con la Sociedad de Ex-alumnos, debe ir acreciéndose cada día. Comenzó por el simple hecho de premiar a un bachiller; es ya la condecoración anual de diez alumnos; pero tiene más significado que ello, el hecho de habernos mezclado en persona con las divisiones enteras, en el acto de los certámenes en que se optó a estos premios.

Y no basta aún: hemos de ir más allá, en un propósito indudable-

mente el más fundamental de nuestra sociedad. Habremos de llegar a conocer, no sólo los rostros y los nombres de los triunfadores que dentro de un instante recibirán aquí el premio de su triunfo, sino también a los demás, a los que no son los primeros, porque sólo puede serlo uno, a esos otros entre los cuales, a veces sin premios y a veces también hasta con castigos, abundan los muchachos leales, que serán siempre leales amigos del Colegio, y para quienes, más de una vez, en el sentimiento que palpita bajo la sotana de los maestros, viven simpatías altísimas y nobles afecciones que duran lo que la vida entera.

Porque bueno es no olvidar que si los premiados dejan con sus obras la prueba incontrovertible de todo lo que valen moral e intelectualmente, acaso, como en las guerras, haya también en el Colegio «el alumno desconocido», mal estudiante, díscolo, anónimo en las listas de honor, pero que tiene intacta la pureza de su afecto por esta Casa y por sus viejos preceptores. Y a la Sociedad de Ex-alumnos le interesa descubrir a ese colegial, que no sabe conquistar las medallas junto al afecto, pero que el afecto lo conquista asaltando con su simpatía y con su lealtad, el corazón de estos admirables religiosos de Jesús, en el que «el alumno desconocido» suele tener un pequeño monumento imperecedero.

Señores premiados: La Sociedad de Ex-alumnos está de fiesta gracias a vosotros, en quienes premia nobles cualidades.

Por mi intermedio, agrega su aplauso a los que vais a recibir dentro de un instante.

RAFAEL INSAUSTI.

Terminada la entrega de los premios, el alumno Martín Aberg Cobo, en nombre propio y en representación de sus condiscípulos, agradeció a la Sociedad de Ex-alumnos, y dió al Colegio el adiós de despedida, con el siguiente discurso:

Reverendo Padre Provincial:

Reverendos Padres:

Señores:

Queridos compañeros:

Adiós... esa palabra ya de actualidad, está en todos los labios, mentes y corazones, parece escrita en esas paredes, dicha en este salón, y yo soy quien debe decirla en nombre de mis condiscípulos, gracias a la Sociedad de Ex-alumnos, que en un momento de benignidad

nidad ha resuelto favorecerme con su premio, causando en mi alma una deuda de gratitud, que, junto con la que tengo respecto a este Colegio, me impulsa a hacer un esfuerzo para dejar vislumbrar al menos, en unas pobres frases, el mar de íntimas emociones que en estos momentos embarga mi corazón; así como creo interpretar los nuestros, al agradecer los premios de Apologética e Instrucción Cívica de 5.º año, y de Historia y Geografía argentinas de 4.º, dados por estos señores Ex-alumnos, que tan dignamente cumplen con el fin que se han propuesto, al estrechar los vínculos entre los que fueron alumnos ayer, y los que hoy lo son.

Casi podría decir, señores, que hoy, a pesar de las deslumbrantes fiestas, es día de duelo para mi alma, pues voy a dejar el local bendito en el cual he pasado cinco felices años, en compañía de estos mis queridos condiscípulos.

Recuerdo ahora perfectamente mi primera venida al Colegio, el 16 de marzo de 1920; están en mi mente aquellos sentimientos de temor a lo desconocido, entonces pueriles, ahora perfectamente lógicos y naturales.

En efecto, aquella época iba de mi hogar a otra casa de paternal cariño, a poner mi educación, en parte al menos, en manos de mis queridos Padres Jesuítas, que ciertamente han hecho por su labor cariñosa e incesante durante el bachillerato, obra que sólo Dios puede pagarles.

Este Colegio de tan dulces recuerdos, en el cual cada lugar hace revivir al pasado; con estos profesores, mejor diré, amigos y padres, cuya vida estuvo dedicada a hacernos hombres de bien, útiles a la Religión y a la Patria; este Colegio, digo, está como tal por cerrar tras nosotros para siempre sus puertas.

Ya debemos ir cada uno por separado; ya no más aquellos actos de compañerismo, aquella distribución de tiempo tan armónica como provechosa, el trato de esos buenos profesores y amigos; se acabaron esos meses de Jesús y de María en esa dulce confraternidad... ¡en verdad, dejamos en esta casa de Dios un pedazo de nuestro corazón!

Fuera está la amargura de la vida, las traiciones de los falsos amigos, la debilidad de los buenos, las asechanzas de los malos, disgustos, desengaños, pérdidas; en resumen, un cáliz de hiel.

Vamos a gozar de lo que llamamos libertad, de lo que identificamos con ese gran don del Creador, pero... ¿qué clase de libertad será? ¿Por ventura la de la Revolución francesa, que hizo exclamar al pie del cadalso a la princesa de Lamballe: «¡Oh, libertad, cuántos

crímenes se cometen en tu nombre! ? ¿Será la libertad desenfrenada de opiniones y conducta, o la serena libertad que hace meritorias las obras buenas, dándoles el sello de contingencia? Dios lo sabe... nosotros no...

Perdonadme, señores, si me estoy dejando llevar de la tristeza que embarga mi alma; comprenderéis que es muy natural, muchos la habéis experimentado, si habéis tenido como estos señores ex-alumnos, la dicha de venir a casas como ésta. Es natural, digo, pues mi espíritu se halla agobiado: desde hoy estudiante universitario, libre de hacer y deshacer a su gusto, pobre ciego que camina al borde del precipicio, pronto a caer, víctima del espíritu mundano mal entendido.

Pero no... ya comienzan a ser casi injustos mis excesivos temores, pues todo no sucederá así. Siempre quedará abierta esa puerta para nosotros, no ya como Colegio, sino como luz salvadora, foco disipador de tinieblas y errores, fuente de consuelo, sólida roca de virtudes. Aquí estará siempre, con los brazos abiertos, esa Sociedad de Ex-alumnos, la cual me ha premiado hoy, con su indulgencia acostumbrada, asociación que fomentará entre nosotros esos serenos vínculos de compañerismo y amistad, cuyas raíces están fijas en estos cinco años de Colegio.

Bien, señores, sólo me queda enviar desde el fondo de mi alma un nuevo adiós a todas las dependencias de este mi segundo hogar, un cariñoso saludo a esos profesores y amigos, que por mí tanto se han desvelado, y a ustedes, señores ex-alumnos, una palabra de gratitud por la honrosa y alentadora distinción que habéis tenido para conmigo.

MARTÍN ABERG COBO.

El Reverendo Padre Rector del Colegio clausuró el acto con el siguiente discurso:

Señoras: Señores:

Permitidme que en esta fiesta tradicional, con que solemnemente se clausura el curso de 1924, os dirija breves frases, que las circunstancias me inspiran y casi me imponen.

Lo pide el alumno que acaba de recibir la más alta recompensa con que la Sociedad de Ex-alumnos, asesorada por el Colegio, premia al bachiller que sobresale por sus prendas de talento, de carácter y piedad. El nombre del que este año la ha merecido, se perpetuará

en los fastos del Salvador entre los más ilustres de tantos que, en los cincuenta y siete años que cuenta de vida el Colegio, lo han enaltecido, primero en sus aulas y después en su vida privada y pública. Que esos laureles que coronan hoy su frente, no se marchiten nunca, antes bien crezcan y se agiganten, hasta que pueda con ellos orlar las sienas augustas de la Religión y de la Patria!

Y porque el hijo es gloria de sus padres, a ellos, en nombre del Colegio, debo ofrecer mis plácemes más cordiales. Nos entregasteis, señores Aberg Cobo Pearson, a vuestro hijo Martín, hace cinco años, para que ilustrásemos su mente con la ciencia e hiciéramos germinar en su corazón flores de virtudes: hoy, al devolvéroslo, terminada nuestra obra, nos cumple manifestaros que si en ella hay algún rasgo de perfección, se debe, no tanto a nuestra labor, como a la vuestra: porque, a fuer de padres prudentes y cristianos, habéis cooperado perenne y decididamente a nuestra acción; sin vuestra cooperación, hubieran sido estériles nuestros esfuerzos. Para estos padres y este alumno que yo, contrariando su modestia, me permito llamar modelos, os pido, señores, vuestro aplauso.

Esos augurios, de prosperidad y de gloria los hago extensivos a los 45 alumnos que llegan a la meta del Bachillerato y abandonan hoy, como discípulos, los muros venerandos del Colegio. Veis que muchos ostentan con legítimo orgullo los premios a que se hicieron acreedores durante largos años de formación y de prueba. Pero yo añado, señores, que todos dejan de sí grato recuerdo en el Salvador y que todos, espero, respondiendo al honor de su cuna y a las enseñanzas de sus maestros, serán, como católicos y como ciudadanos, en las lides por la virtud y por la Patria, prez del Colegio.

Otro motivo especial me mueve a hablaros, señores. Durante el curso que fenece, ya rumores de dudoso origen, ya la prensa de todos los matices, con raras pero honrosas excepciones, unas veces sin rebozo y con acres invectivas, otras con razones encubiertas y disimuladas intenciones, nos han combatido sin tregua a los Hijos de la Compañía de Jesús, acumulando sobre nuestras cabezas ora la sospecha de que tramamos planes siniestros, ora que, de hecho, somos culpables de acontecimientos que agitan y enardecen las pasiones populares. No he de catalogar las innumerables acusaciones y complicidades con que se nos ha tachado, porque son del dominio público. En medio de su fragor, fuéramos por ventura víctimas del desaliento, a no sentirnos apoyados (a parte del principal auxilio de la gracia divina), por una fuerza firme y vigorosa, a no vernos

defendidos por una voz elocuente, que clama con la pujanza incontrastable de los hechos. Esa fuerza y esa voz, señores, vois vosotros: son nuestros exalumnos, vosotros, padres y madres y familias todas de nuestros alumnos del pasado y del presente que, al entregarnos vuestros hijos y depositar en nuestras manos los seres predilectos de vuestro corazón, sabéis muy bien que nos los entregáis a quienes anhelamos, no deformarlos y estragarlos, sino embellecerlos en su inteligencia con los conocimientos literarios y científicos y en su espíritu con los sentimientos más generosos y sublimes que brotan de los tres grandes manantiales: Religión, Patria y Familia. Si fueran otros, señores, nuestros ideales que cimentar y labrar la verdadera grandeza y felicidad de vuestros Hijos, que es, a la postre, cimentar y labrar la grandeza y felicidad de la Nación Argentina y de la Iglesia Católica: si fuera cierto que el egoísmo, el interés, la ambición de poderío son el norte de nuestras acciones: jamás, señores, jamás nos confiarais vuestros vástagos, no fuéramos a contagiarlos con tan nefandos vicios. Y quien sostuviese lo contrario, al mismo tiempo que a nosotros, os ofende a vosotros, en lo más hondo y caro de vuestros sentimientos.

Sois, también, esa fuerza vigorosa que nos sostiene, vosotros, señores exalumnos, que siempre, pero sobre todo en los momentos más críticos, estáis a nuestro lado y nos dais muestras de cariño y adhesión que nos compensan con creces en los dicterios que hieren nuestros oídos y de la malevolencia que amarga nuestros corazones. Buena prueba habéis dado al instituir, para estimular la aplicación de los Alumnos, nuevos premios que, precisamente en este memorable año, acabáis de entregar por vez primera.

Por ello, señores, he creído oportuno aprovechar estos solemnes momentos, para presentaros, en nombre propio y de todos mis Hermanos, el homenaje de nuestra profunda gratitud: porque con vuestras obras tejéis nuestra mejor y más irrefragable apología y nos infundís aliento para proseguir, sin desmayos, en la ardua tarea de educar a la juventud y para sacrificar, si fuere necesario, en aras de tan grandioso ideal, nuestra salud y aún nuestra vida!

JUAN CASTILLEJO, S. J.